

## Madame de La Fayette <sup>(1)</sup>

---

Decían los antiguos poetas, que Júpiter tiene el trueno de los males á su derecha y el de los bienes á su izquierda; pero las dos manos del dios van siempre juntas, y cuando la una impulsa, la otra impulsa también. Yo admiré á los jóvenes de Platón; mas, para 20.000 ciudadanos había en Atenas 200.000 esclavos. La aristocracia en tiempo de Luis XIV no carecía de vicios, pero no estaba falta de elegancia, ni de gracia, ni siquiera de virtudes.

*La Princesa de Clèves*, la más bella novela del siglo, ofrece á los ojos todas las bellezas. Es una mujer la que habla; es natural que ella esté bien elegida, y además, hará una novela. Las memorias de Saint Simon son un gran gabinete secreto donde yacen amontonados, bajo una luz vengadora, los despojos sucios y falaces con que se disfraza la aristocracia servil. El pequeño libro de Mme. de La Fayette es un cofrecito de oro, donde lucen los puros diamantes con que se adorna la aristocracia pulida. Des-

---

(1) La princesa de Clèves.



pués de haber abierto el gabinete, es oportuno abrir el cofrecito.

Involuntariamente, á fin de comprender esta novela, se transporta uno á cualquier palacio, á los alrededores de la plaza Real, al de Carnavalet, por ejemplo, y encontramos allí, en un alto salón, entre *panneaux* esculpidos y adornados con pinturas, á la noble y amable condesa, rodeada de una corte de amigos. Ella habla, pero á lo gran dama, con el sentimiento secreto de su dignidad y de la dignidad de aquellos que le escuchan. Su estilo imita á su palabra; presenta al público los personajes de su libro, como presentaría á sus amigos los nuevos concurrentes á su salón. Los cumplimientos graves fluyen naturalmente de sus labios, y la imaginación se halla transportada como á un mundo sublime, ante espectáculo de tantas perfecciones y de aquel esplendor. «Jamás ninguna corte—dice ella—tuvo tantas bellas personas y hombres tan admirablemente formados. Parecía que la Naturaleza tuvo el gusto de dar lo más hermoso que puede conceder, á las más grandes princesas y á los más grandes príncipes. El rey de Navarra, respetado por todo el mundo, así por la grandeza de su rango como por la que había en su persona. El caballero de Guisa, que se llamó después el Gran Prior, era un príncipe amado de todos, admirablemente constituido, de finura de espíritu, lleno de rectitud y de un valor célebre en toda Europa. El príncipe de Condé, en un cuerpo pequeño y poco favorecido por la Naturaleza, tenía un alma grande, altiva, y un espíritu que le hacía amable, aun á los ojos de las más bellas mujeres.

El duque de Nevers, cuya vida era gloriosa, lo mismo en lo militar que por los grandes empleos que había desempeñado, aunque de una edad un poco avanzada, hacía las delicias de la corte. Tenía tres hijos arrogantes...» Yo me contengo, pero las alabanzas y los respetos no se contienen. De estos hábitos de salón nacía el estilo noble, que admiramos y que los franceses hemos perdido. Cuando ahora pone Alfredo de Musset en escena á los grandes señores, ha querido ser el más delicado y el más encantador espíritu de nuestro siglo; pone en sus labios frases de plebeyo y de artista, mal aprendidas. Sus condesas y sus marquesas hubieran chocado en casa de Mme. de La Fayette. Si una mujer hubiera dejado escapar estas palabras: «Vosotros, hombres á la moda, no sois más que confiteros desfigurados» (1), se la hubiera encontrado algo así como de mercader. Si un hombre hubiese dicho á una mujer, echándose á sus plantas: «Yo quiero haceros una declaración vieja como la ruda y bestia como un ánsar», se le hubiera puesto en la puerta de la calle, diciéndole: «Señor, yo no escucho semejantes groserías» (2). Su diálogo, burlón, brusco, lleno de imágenes atrevidas é ingeniosas, hubiera amedrentado á las gentes aquellas, como un fuego de artificio encendido de improviso y quemado entre los pies dorados de sus sillones. Mme. de La Fayette y sus tertulianos no suponían que hubiese en el mundo ni confite-

(1) Es necesario que una puerta esté *abierta ó cerrada*.

(2) La frase es de Molière; Mme. Sevigné la hubiera aventurado; Mme. de La Fayette acaso tuviera miedo de ella.



ros ni ánsares. Los festines suntuosos, los magníficos alumbrados, los palacios regulares, los príncipes y las princesas, de alma grande y de una continencia majestuosa, he aquí los recuerdos de donde surge su estilo. En todo tiempo el lenguaje copia la vida; los hábitos del mundo forman las expresiones de los libros; como se obra, se escribe. No admira, pues, que una sociedad de grandes señores, hombres de mundo, haya inventado el más hermoso estilo que se haya podido ver.

Tal estilo es tan mesurado como noble; en lugar de exagerar, atenúa. Mme. de La Fayette no eleva jamás su voz. Su tono uniforme y moderado, carece de acento apasionado y brusco. De un extremo al otro de su libro brilla una seguridad hechicera; sus personajes parece que se deslizan en medio de un aire diáfano y luminoso. El amor, los celos violentos, las angustias supremas del cuerpo quebrantado por la enfermedad del alma; los ásperos gritos de la pasión; el ruido discordante del mundo, todo se dulcifica y desvanece, y el tumulto de abajo llega allí como su armonía á la región pura, en la cual nos hallamos elevados. Es que lo excesivo choca, como lo vulgar; una sociedad tan pulida, rehusa las maneras violentas de hablar; en un salón no se grita. Mme. de La Fayette no se abandona, como una artista y como una actriz: se contiene como una gran dama y como una mujer de mundo. Además, usa medias palabras, es á medias palabras, sobre todo, como la oyen hablar los concurrentes á su salón. Son los nervios groseros y los espíritus obtusos los que quieren los esta-

llidos de voz; una sonrisa, cierto temblor en el acento de una palabra, una conversación sostenida y una mirada rápida, bastan á los otros. Ellos adivinan lo que no se dice, y entienden lo que se indica. Su delicadeza y su prontitud perciben al instante y sin trabajo, aquello que se les disimula ó que se deja á medio decir. Comprenden ó imaginan los transportes y las tempestades encerradas bajo las frases regulares y apacibles. No quieren verlas: las entreveen, y al instante apartan la mirada; quieren permanecer señores de sí mismo. Se consideran espectadores y repugnan ser turbados por las pinturas demasiado vehementes. Su penetración no lo necesita, su dignidad lo teme, su buen gusto lo repugna. Cuando madame de Chartres, estando muriéndose, llama á su hijo para darle el último adiós, le habla del *desplacer* que ella tiene de dejarle. Cuando Mme. de Clèves confiesa al fin á M. de Nemours lo que siente por él, una media frase indica apenas la emoción tan intensa que les hinche á los dos el corazón. «Ella cede por primera vez á la inclinación que sentía por M. de Nemours, y mirándole con los ojos radiantes de dulzura y de gracia, le dice: «Yo no os diré que no haya visto la afición que por mí tenéis; acaso no me creeríais si os lo dijera; y no sólo os confieso que lo he visto, sino que lo he visto tal como vos podéis sospechar que me ha parecido.» Nada más. Ante esta retención y este pudor de estilo. resulta grosero y medical *le Lys dans la vallée*, de Balzac.

Otra gracia de este libro es la sencillez; la mitad de las palabras que empleamos en nuestros días es des-



conocida para Mme. de La Fayette. Recuerda á los antiguos pintores, que hacían todos los matices con cinco ó seis colores nada más. No hay lectura tan fácil; un niño entendería al primer golpe de vista todas sus expresiones y todos sus giros. La mirada las penetra desde el principio hasta el fondo, como aguas tranquilas y transparentes; jamás las palabras han hecho más visibles las ideas; jamás el lector ha pensado de una manera tan fácil y clara. Hoy todo escritor es pedante y todo estilo es obscuro. Cada uno lleva sobre sí la lectura de las literaturas correspondientes de un modo respectivo á tres ó cuatro siglos. La filosofía, la ciencia, el arte y la crítica nos han sobrecargado con sus descubrimientos y sus jergas. El espíritu, extendiéndose, se ha encumbrado y se ha turbado. Nos hemos hecho economistas, matemáticos, metafísicos, *dilettanti*, ingleses, alemanes, sobre todo, y hemos dejado de ser escritores y franceses. Unos más y otros menos, por deseo de novedad y por refinamiento de inteligencia, hemos rebuscado los matices imperceptibles, las imágenes extraordinarias, las paradojas de estilo, los acoplamientos de expresiones y los giros más inesperados; hemos querido ser punzantes y nuevos, hemos escrito para excitar la curiosidad adormecida; hemos sacrificado la naturalidad y la justeza, para dominar la falta de atención y arrojar el enojo. —En el tiempo de Mme. La Fayette la literatura nacía y nadie había de gusto estragado y sabio. Aquella contaba los acontecimientos del mundo, como mujer de mundo, y no aportaba los términos de los lenguajes especiales á la descripción de los movimientos del

ánimo. Ella trata los acontecimientos de la vida sin otro deseo que el de pintarlos, y no pensando sobrepasar á los predecesores que había tenido. En todo arte, aquellos que vienen los primeros son los más venturosos: tienen más éxitos y menos trabajo; imitan más fácilmente la naturaleza y exponen más seguramente la verdad. Este primer momento es como una aurora; y aquella es una de las más límpidas; no conozco una luz más bella que la que apareció en Grecia en el siglo IV, con los *Económicos*, de Jenofonte y el *Fedro*, de Platón.

Casi siempre las formas del ingenio anuncian los hábitos del corazón. Aquí las emociones son tan delicadas como la manera de decir las; se reconoce el tacto exquisito de una mujer, y mujer de alto rango. Lo propio de un salón aristocrático es la perfecta urbanidad: es decir, el cuidado escrupuloso de evitar hasta la más ligera apariencia de lo que pueda chocar y ser desagradable; el alma es allí más sensible; los apasionamientos molestan; hay más facilidad de sufrir, porque hay menos costumbre. No creo que la generosidad, el pudor y la virtud son allí más abundantes y más vivaces que fuera; pero parece que cuando allí se hallan, florecen con más facilidad y bajo mejor abrigo. La vida de un plebeyo es una guerra. Se halla obligado á la economía, á la desconfianza, con frecuencia á la arteria y al rigor; está preocupado con la idea del dinero; presencia cada día multitud de acciones groseras y más de una vez toma en ellas parte; su mujer es una burguesa y un ama de gobierno, y el deseo presente é incesante de hacer fortuna y de vivir, les impide detenerse á apreciar las grada-



ciones de sentimientos. Sólidamente elevados los príncipes, desde su cuna, se les ve, como á Mme. de La Fayette ó Mme. de Clèves, rodeados del respeto y la magnificencia; si son buenos, serán generosos: no han ganado su dinero escudo sobre escudo y no saben cuánto trabajo y esfuerzo hay que hacer para ganarlo. Si son honrados, serán virtuosos: su orgullo les proporcionará una fuerza doble, contra los desfallecimientos y las seducciones. La delicadeza es una ostentación de lujo, difícil de llevar, que el menor choque deshace, pero que recibe menos quebrantos y menos manchas en un palacio, que en una choza. Esta delicadeza determina aquí el carácter y la gracia del amor. Mme. de Clèves ama, sin saberlo; por sí misma y sin proponérselo se rinde á las opiniones de M. de Nemours; sin quererlo, hace lo que él quiere; ella se halla como en una pendiente que le arrastra, sin que lo vea. M. de Nemours dejó adivinar que querría mejor no hallarla en un baile; «ella supo atenerse á una razón de verdadero peso, para hacer una cosa que era en obsequio de M. de Nemours.» Un poco después, cuando se procura engañar al príncipe, asegurándole que tal ausencia había sido efecto de una indisposición, «á Mme. de Clèves le enojó al pronto que M. de Nemours creyera que esto había sido lo que le impidió concurrir al baile, y en seguida sintió una especie de disgusto de que su madre le hubiese quitado, por ejemplo, la idea de ir.» Otro día, como las damas estuvieran mirando un retrato de la reina Isabel, á cuya mano aspiró M. de Nemours, «la encontró más bella de lo que suponía y no pudo por menos que decir que

estaba favorecida.» Estos comienzos de emociones confusas, estos diferentes grados de sentimientos imprevistos y mezclados, estos contentamientos súbitos y estas penas silenciosas, son como los arreboles dudosos de la Primavera que se prepara y quiere aparecer. Pronto las más inocentes de las imprudencias dejan que se entrevea un indicio de esta pasión secreta; surgen por ello los remordimientos; pero el amor subsiste hasta en los mismos remordimientos de combate. «Eran aquéllos un gran dolor de ver que ella no había sido dueña de ocultar sus sentimientos y de no haberlos dejado aparecer á los ojos del caballero de Guisa. También sentía mucho que M. de Nemours los conociera; pero este último dolor no era tan completo, sino que se hallaba mezclado con cierta dulzura.» A cada instante el corazón traiciona la voluntad y hace que, á pesar de ésta, la pasión se deslice aun en las acciones que dirige la razón. Viéndose obligada á consultar con M. de Nemours sobre intereses de familia, siéntese feliz de tener con él aquellas confidencias. «Bajo pretexto de los negocios de su hermana, ella vino con gusto á guardar todos los secretos que M. de Nemours le comunicara.» En adelante, es el amor el señor que dirige los demás sentimientos; Mme. de Clèves se lo halla hasta en sus relaciones amistosas; ella se confía de una vez á madame de Martigues, «como á persona que tenía una pasión como la de ella y á la que consideraba como amiga íntima de su amado.» En un alma tan bella, el amor no se puede expresar mediante violentas pasiones; para que ella guarde su nobleza es necesario que



guarde siempre su moderación; y si se abandonara, se rebajaría. Pero estos delicados matices de emoción revelan todas las fuerzas del sentimiento que la posee; tantos pequeños efectos testifican de su presencia incesante y de su dominación soberana; conserva toda su pureza, sin perder nada de su grandeza.

Esta pureza parece más interesante cuando se ve todos los sentimientos y todas las resoluciones que provoca. Mme. de Clèves está sin cesar en guardia contra sí misma; tan pronto como se apercibe de su amor, entra en deseo de vencerle y se reprocha, como si fuera un crimen, tal emoción, que es la más involuntaria y positiva; no hay probidad más alta ni más escrupulosa; la *Monima* de Racine tiene menos pudor y menos generosidad. Se percibe allí un alma que ha sido educada entre los más nobles consejos y los ejemplos más sanos; que con los ojos fijos en la divina imagen de la virtud, han concebido para ella, no solamente la veneración, sino la ternura que respeta el honor, no ya como una idea inviolable, sino como la más cara y más preciosa parte de su tesoro interior; que no solamente no caerá jamás, sino que jamás tendrá la idea de desfallecer. Ella recurrirá á su marido contra sí misma, y hasta en la aventurada confesión que ha de hacerle hay una modestia exquisita; su honradez es tan íntima que parece que ella no entrevé sino á medias, á través de un velo y á pesar de ella misma, el sentimiento y la acción que podrían ser contrarios á sus deberes. «Bueno, señor—le respondió ella arrodillándose ante él—; yo quiero

haceros una confesión que jamás se habrá hecho á un marido; pero la inocencia de mi conducta y mis acciones me dan para ello la fuerza necesaria. Es verdad que tengo razones para alejarme de la corte, y que quiero evitar los peligros en que en ella se hallan las personas de mi edad. No he dado nunca señales de flaqueza y no temo que llegue á dejarlas aparecer si me dejáis en libertad de retirarme de la corte y si cuento aún con M. de Chartres para ayudarme á conducir. Por peligroso que sea el partido que yo tomo, lo tomo con satisfacción, porque es para conservarme digna de ser vuestra. Yo os pido mil perdones, y si tuviera sentimientos que pudieran desagradaros, al menos jamás os desagradaré por mis acciones. Pensad que para hacer esto que hago es necesario sentir más amistad y más estimación para un marido que la que se haya tenido nunca. Conducidme, pues; tened piedad de mí y amadme aún, si podéis.»

Este estilo y estos sentimientos se hallan tan lejos de nosotros los hombres de ahora, que nos cuesta trabajo comprenderlos; son como los perfumes muy finos: nosotros no los percibimos; tanta delicadeza nos parece frialdad é insipidez. Transformada la sociedad, ha transformado ella el alma. El hombre, como todos los seres vivientes, cambia con el aire que le nutre. Esto sucede de un extremo á otro de la historia. Cada siglo, con las circunstancias que le son propias, produce sentimientos y bellezas que también le son propios; y á medida que la raza humana adelanta en su marcha, deja tras de sí formas de so-



ciudad, clases de perfecciones que no se encuentran ya más. Ninguna edad tiene el derecho de imponer su belleza á las edades que le precedieron, y ninguna tampoco tiene el deber de tomar prestada su belleza á las precedentes. No hay que denigrar ni que imitar, sino inventar y comprender. Es necesario que la historia sea respetuosa y arte original. Hay que admirar lo que tenemos y lo que nos falta; es necesario hacer otra cosa que nuestros antepasados y alabar lo que nuestros antepasados han hecho.—Entrad en la iglesia de Nuestra Señora, de París; al cabo de una media hora, cuando á la sombra de los enormes pilares hayáis contemplado la elevación de las frágiles columnatas, el encabestramiento doloroso de las raras figuras y el fulgurar divino de los rosetones esparcidos, comprenderéis el éxtasis místico y la locura enfermiza que, arrodillada, al son de los órganos, percibía allá abajo, con una luz de oro, la sonrisa angélica de una Virgen y las manos extendidas de Cristo.—Un cuarto de hora más tarde, en el Museo del Renacimiento, una estatua de Miguel Angel, os mostrará, por la fiereza de su estructura heroica, por el ímpetu refrenado de sus brazos torcidos, por la montaña de músculos levantada sobre sus espaldas, las soberbias pasiones, la grandeza trágica, el desencadenamiento de los crímenes y el sublime paganismo del siglo XVI. Abrid, sin embargo, un volumen de Racine ó esta *Princesa de Clèves*, y en ella veréis la nobleza, la medida, la delicadeza encantadora, la sencillez y la perfección del estilo, que sólo puede tener una literatura naciente, y que solamente la vida de salón, la costumbre de cor-

te y los sentimientos aristocráticos pueden producir. Ni el éxtasis de la Edad Media, ni el paganismo ardiente del siglo XVI, ni la delicadeza, ni el lenguaje de Luis XIV, pueden renacer. El espíritu humano corre con los acontecimientos, como un río; de cien en cien leguas el terreno cambia: aquí, montañas quebradas y toda la poesía de la Naturaleza salvaje; más lejos, amplias colonias de árboles brotan y hunden sus pies en el agua violenta; allí abajo, grandes llanuras, regulares y nobles horizontes dispuestos como para el placer de los ojos; aquí, el hormigueo ruidoso de las ciudades ornamentadas con la belleza del trabajo fructuoso y de las artes útiles. El viajero que se desliza sobre este agua cambiante, se equivoca al lamentar ó al despreciar los espectáculos que va dejando atrás, y debe esperar ver desaparecidos, en algunas horas, aquellos que en el presente momento van pasando ante sus ojos.